

fue firmado el 5 de diciembre de 2001, nueve meses después del primero. Leo, todavía sin *tránsfer*, iba a recibir finalmente el límite salarial del Barcelona B y Jorge, un préstamo para reformar la casa, un modo ingenioso de recompensar a la familia.

Por fin los papeleos parecían acabados. No hizo falta devolverle la llamada a Valdano.

\*\*\*

En *El Gráfico*, Leo contó años después lo que sintió aquel niño de catorce años que se había quedado solo con su padre en Barcelona: «Cuando me fui, lloré mucho, lloraba por todo lo que dejaba en la Argentina, pero al mismo tiempo tenía una ilusión y sabía que era para mejor». A veces, sin hacer ruido, se escondía en la habitación: «Me encerraba en la pieza y lloraba. No quería que mi papá me viera. Extrañaba mucho.»

Los cachorros del Barcelona solían hacer un circuito habitual que hoy todavía se repite: un autobús los recogía a la puerta de La Masía, iban a la escuela, luego comían juntos y entrenaban, para luego descansar en sus departamentos, los pocos, o la mayoría de ellos en la casa rural enfrente del Camp Nou que hospedó a cientos de niños hasta que se inauguró la nueva Masía en 2011. Leo a veces iba del colegio al departamento de Carles III para comer algo que le había cocinado su padre, para ver un rato la televisión, jugar a la *Play* o dormir una larga siesta y, de ahí, caminando al entrenamiento. Generalmente solo.

Con los años se fue encontrando más cómodo con los compañeros y acabó almorzando en La Masía más a menudo y, en lugar de ir a clase, recibió el apoyo de un profesor que ayudaba a algunos jugadores que, por los viajes y los entrenamientos, y seguramente la falta de entusiasmo, no se pasaban habitualmente por el Lleó XIII. Pero seguían quedando muchas horas libres.

Tras la marcha de la mitad de su familia, a Leo se le hacían pesados los ratos sin pelota. Y Jorge intentaba rellenar los huecos. Retaba a su hijo a la *Play* y a menudo salían de Carles III a dar paseos hasta El Corte Inglés o por las Corts, un barrio residencial y comercial cruzado por la gran avenida Diagonal, un paraje muy urbano, con escasez de campos de fútbol o parques donde improvisar un partido. Jorge se convirtió en sustituto temporal de amigos, en apoyo moral, en la columna vertebral de la vida de Leo en Barcelona. En un momento en el que el hijo, con catorce, quince, dieciséis años, debería rebelarse contra su mentor, en esa necesaria ley de vida que finalmente pone a todos en su sitio, Leo, un niño-adulto, un chico con responsabilidades y experiencias de hombre mayor, debió cobijarse bajo la sombra que ofrecía su padre.

— Cuando ocurren esas cosas, cuando el padre multiplica sus labores y la madre está lejos, se produce una confusión de identidades que puede llegar a desequilibrar el crecimiento natural, la maduración del futbolista: es otro de los sacrificios a los que se ven obligados a pasar los que quieren ser profesionales de la pelota. Cuando el padre es padre, cuando la madre es madre, el hermano mayor es el hermano mayor y el pequeño es el pequeño, los roles generalmente facilitan la estabilidad y la tranquilidad familiar. Cuando la mamá no hace de mamá con uno, pero sí con otro, cuando el papá hace a veces de papá y a ratos de mánager, y en ocasiones el hermano mayor hace de papá, sólo hay una cosa que detenga una crisis de identidad: cuando se duda, cuando se tensa la cuerda, cuando las cosas se hacen pesadas, hay que recordar por qué se ha hecho lo que se ha hecho, hay que tener muy presente que, al final, existe un objetivo. Y es primordial un aprecio incondicional de los que rodean al chico; eso permite sujetarlo todo.

— Jorge, haciendo juegos malabares con sus roles, consiguió que Leo mantuviera el respeto a la autoridad y no olvidara de dónde venía. Si ya es difícil educar a un niño en pareja, cuando la estructura familiar se resquebraja hay además una complicación añadida: intentar que la protección al hijo no se convierta en sobreprotección. Proteger supone cuidar y poner límites. En la sobreprotección ya no se cuida o se ponen límites, es otra cosa: ahí lo que el progenitor intenta es que nadie pueda decir que no se le ha sabido cuidar. Jorge intentó siempre poner límites.

— Pero, cuando le dice a su hijo «no te olvides de que los que te piden un autógrafa llevan horas esperándote», como tuvo que hacer en alguna ocasión, ¿es el mánager o el padre quien le habla? Mantener la identidad como padre ha sido la gran lucha de Jorge y de muchos de los padres de los futbolistas. En el peor de los casos, cuando el padre no consigue separar claramente los roles, se puede producir una situación que reconocen muchos psicólogos deportivos: en los ratos en que al padre le toca hacer de mánager, el hijo es huérfano. Y se pone a buscar padres en todas partes. Es mucho peor, insisten los expertos, ser huérfano con padre que sin él, porque, cuando el padre está vivo, el hijo puede convertirse en un huérfano resentido. Y el padre tiene la sensación de que no controla su propia vida, que va a remolque. Y cuando uno no controla la propia vida, dicen los expertos, siente la necesidad de controlar todo lo que tiene alrededor.

— ¿Y el futbolista cómo vive toda esta situación? Al fin y al cabo es el responsable del desequilibrio de roles. Todos los jugadores de éxito no sólo son conscientes del sacrificio de los suyos, sino que sienten un agradecimiento infinito por todo lo que han hecho sus padres y sus hermanos, porque, sin ese esfuerzo, no hubieran llegado a donde han llegado. Pero hay más: al mismo tiempo tienen un sentimiento de culpa muy grande, porque les ha quebrado la vida a los suyos. El hijo, para compensar, les compra casas a

sus padres, se convierte en proveedor. Y de nuevo, esos ladrillos confirman que la vida les ha dado a todos un giro excepcional porque lo normal es justamente lo contrario.

Y finalmente, ¿los hermanos? La ambivalencia continúa: «Estupendo —piensan la mayoría de ellos—, no viviríamos así si no hubiera sido por ti, hermano. Por otra parte, igual no lo sabrás nunca, pero nos has estropeado la vida, lo nuestro siempre ha girado a tu alrededor. ¿Quién quiere ser hermano de Leo Messi o de Cristiano Ronaldo?».

Igual es por todo eso, las dificultades de lidiar con una familia quebrada, por lo que Jorge admitió alguna vez que, dada la misma situación, no volvería a separar la familia. Pero de todo aquello surgió alguna ventaja, como le contó a la revista *Kicker*: «La suerte fue en el momento cuando se cambió la política del “uno a uno” entre el peso y el dólar. Porque mi esposa y los otros hijos volvieron a Argentina y yo me quedé con Leo en Barcelona. Con una mitad del sueldo español vivimos nosotros en Barcelona, y la otra mitad la mandábamos a Argentina. Pero recién después de la devaluación, mi señora y los otros hijos podían vivir bien de esa mitad que les mandamos. Eso sí fue la suerte».

Matías enseñó a su madre a usar la webcam bien pronto para poder comunicarse habitualmente con Leo, quien de todos modos chateaba con ella cada día por Internet y la llamaba por teléfono cada tres días. Religiosamente. Celia lloraba después de hablar con su hijo. Y también cuando lo veía por televisión.

Claudio Vivas, otro argentino del mundo del fútbol, el que fuera asistente de Marcelo Bielsa en el Atlético de Bilbao, reflexiona así al respecto de las ausencias y la lejanía: «Todo es sacrificio. El que te conoce de más íntimo sabe que uno está acá y sabe si la pasa bien o la pasa mal; en realidad uno lo pasa bien en el aspecto social y económico, pero mal en lo sentimental. Yo sé lo que puede llegar a sentir la madre de Lio o el padre, porque estar acá es muy lindo pero también hay que sacrificarse».

Curiosamente donde menos se veía ese estado de las cosas era en el campo de entrenamiento, con la imposición de los futbolistas de esconder sus debilidades. Quizá la mejor explicación de las razones de ese comportamiento universal en el mundo del fútbol la ofreció el futbolista inglés Joey Barton a la revista *Football 24/7*: «Ocurre cada sábado antes de saltar al césped: cuando estamos en el hotel o en casa un par de horas antes de que empiece el partido, nos pasa de todo por la cabeza. La mayoría de jugadores, no todos, se sienten muy vulnerables. Porque nadie quiere jugar mal, todo el mundo quiere impresionar. Y sin duda es una señal de debilidad mostrarlo en público. Pero lo que yo he aprendido, después de que me pasara de todo, es que no lo es. En realidad es una demostración de fuerza poder decir “¿sabes qué? Estoy un poco nervioso y me siento un

poco vulnerable”. Cuando lo dices en voz alta a tus compañeros, como que desaparece. Algunos prefieren gritar, y golpearse el pecho, y decir “no estoy nervioso, no me preocupa nada, blablablá”. Pero los veo y pienso “sí que lo estás”.

Si uno repasa las primeras entrevistas de Leo en España, del Leo público, sólo se ve a un chico ilusionado, maduro para su edad. Con catorce años, la televisión catalana TV3 lo visitó en su piso de Carles III para conversar sobre su llegada y sus primeros pasos en el club y se manejó con la soltura de un veterano. Explicó que sí, que se sentía bien, que estaba cómodo, tranquilo. Le preguntaron sobre su jugador argentino favorito: «Me gustaría jugar como Aimar.» Javier Saviola estaba en aquella época en el Barça, y tuvo la entereza de añadir «pero, bueno, Saviola también me gusta mucho». De esas entrevistas políticamente correctas ha dado muchas Leo. Pero ni una señal de las dificultades por las que estaba pasando la familia.

Nadie, ni jugadores ni preparadores de La Masía, sospechaba que Leo lloraba a solas en su habitación. «Parecía que lo llevaba todo bastante bien —reconoce Álex García, su entrenador en el juvenil—. Creo que él tenía una cosa muy clara: sabía lo que había hecho: “Yo me he separado de mi madre y de mis hermanos porque quiero ser futbolista; no sé a dónde llegaré, no sé cuánto duraré, pero tengo claro lo que quiero.” Sabía que requería sacrificios y supo sufrir. Le preguntaba cómo estaba, porque sabía que está a no sé cuántos kilómetros de su familia, y me decía: “Bueno, mi madre vendrá ahora con mis hermanos”». No había espacio para mostrar debilidades.

Pero Leo sí daba pistas: tras pasar tres horas en el entrenamiento, si se cuenta la llegada, el cambio de ropa, el calentamiento, los ejercicios y la ducha posterior, Messi siempre quería quedarse sobre el césped un rato más.

\*\*\*

Para un futbolista joven, de los que no han llegado todavía al primer equipo, la soledad es esto: un domingo a las seis de la tarde, oscuro si es invierno, varias horas después del partido jugado por la mañana, en su casa, alejado de su pueblo de origen, siendo consciente de que las horas pasan sin rellenarlas con algo sustancial, sin nadie con quien ir no se sabe bien dónde, yendo a la cama después de cenar, con el único sonido de la televisión o, en el caso de Leo, del «buenas noches» del padre... durísimo.

A menudo Leo evitó esas tardes alargando la sobremesa de las comidas en un par de restaurantes argentinos. O compartiendo su nueva Xbox con algún compañero de los equipos juveniles o incluso algún amigo argentino de otros clubes. Veía la tele argentina, seguía la liga argentina. Su películas favoritas, las argentinas *El hijo de la novia* y *Nueve reinas*; su actor favorito,